

## FORMULA POLITICA Y ESTRUCTURA SOCIAL

Ya es sabido que Montesquieu había sostenido la existencia, tanto entre los pueblos altamente civilizados como en los primitivos, de un *esprit des lois*, de un espíritu de las leyes, es decir, de un conjunto de factores externos e internos por medio de los cuales venía siendo objetivamente determinada la integración social. Con ello, Montesquieu no sólo pretendía rebelarse contra Hobbes, sino también contra el maquiavelismo (1) que, según el escritor francés, con el pretexto de la razón de Estado, concedía al Príncipe una libertad ilimitada.

Entre los seguidores de Montesquieu, así como en la paralela tradición inglesa que se remonta a Locke, la importancia de la ciencia de la nueva sociedad consistía en subrayar los límites a la detentación del poder. Primero entre los fisiócratas; después, en 1800, en Saint Simon y en Marx, esta tesis resulta todavía tan radicalizada que presagia la inmediata desaparición de las relaciones de poder en general.

La esencia de la sociología como ciencia consiste ya en reconocer normas sociales objetivas, donde antes se hablaba de voluntad humana o de determinados intereses políticos.

El primer autor que afronta concretamente el tema es Gaetano Mosca, quien habiendo formado parte durante muchos años de la política activa italiana y siendo profundo conocedor de la historia, se convenció de que las teorías expuestas por Comte, Spencer y Marx eran erróneas.

Mosca empieza por criticar en sus tratados las teorías dominantes en su época y, con respecto a las leyes de los tres estadios de Comte, hace la siguiente observación: de por sí, nada hay que objetar a la división de la humanidad en tres estadios distintos de desarrollo espiritual, pero ello no se puede hacer si no advertimos que estos tres estadios se dan al mismo tiempo. No sólo los pueblos, sino también los individuos, presentan conjuntamente diferentes grados de desarrollo espiritual. Y con esto queda rechazado el momento determinante del sistema comtiano, es decir, aquél en virtud del cual

---

(1) Cfr. J. E. E. DALBERG-ACTON: «Introduction to L. A. Burd's Edition of *Il Principe by Machiavelli*», en *The History of Freedom and other Essays*, Londres, 1907.

la humanidad va evolucionando hacia un nuevo tipo, racional, de integración. Con el transcurso del tiempo no cambia la naturaleza del hombre y de su relación social. Hoy como ayer el hombre es un «animal muy complejo, lleno de contradicciones, y que no siempre se preocupa de ser coherente y lógico, y que por este motivo, aunque crea y espere que Dios pueda intervenir en apoyo de su causa, al mismo tiempo procura *curarse en salud*». Hoy como ayer, el hombre obedece al mismo tiempo a motivos racionales e irracionales, y, por lo tanto, incluso los diferentes estadios sociales que Comte distingue —militar, feudal e industrial— no deben ser entendidos como expresión de una determinante evolución espiritual de la humanidad.

Si en una domina el elemento militar, feudal e industrial, ello depende de factores externos, verificables en la historia. Pero estos factores en absoluto alteran el carácter de las relaciones sociales, que en todas partes son las mismas.

Toda observación de la historia que sea sosegada y libre de prejuicios —escribe Mosca— demuestra que todo hecho social viene determinado o por las pasiones, instintos y prejuicios inconscientes e imprevisibles, o por intereses inmediatos y, por último, incluso por aquello que se ha dado en llamar el caso. Estos factores no tienen una dimensión, no forman un sistema perfecto, sino que son elementos que encuentra en la naturaleza. Cada uno de ellos tiene en sí sus propias características y necesidades (2).

Mosca quiso articular la sociología, o como él dice, la ciencia de la política, como ciencia natural, y se niega, por consiguiente, a partir de un determinado significado de las acciones, de un determinado sentido de la historia o de las denominadas necesidades sociales.

Su punto de partida lo constituyen los fenómenos externos, que se hundén en la experiencia. Del mismo modo que Pareto, él quiere ser naturalista. Y esta pretensión tiene un significado teórico preciso. Ni Mosca, ni Pareto han tratado nunca de trabajar, en sentido estricto, con el método de las ciencias naturales, o de aplicar, al igual que Durkheim, el método experimental a la sociología.

Maquiavelo había visto las bases del comportamiento político en tres elementos: la ineluctabilidad de la necesidad —*necessità*— la prudencia y energía de la actuación práctica —*virtù*— y, por último, el caso-fortuna.

Mosca y Pareto mantienen en este aspecto el mismo parecer. Pasión, interés y fortuna son las causas determinantes del acontecer social. Su esencia consiste en el hecho de que no deben ser entendidos como momentos de un sistema teórico perfecto en sí, sino que están uno al lado del otro como las

(2) Cfr. GAETANO MOSCA: *La classe politica*; Bari, 1971.

pedras de una construcción y alcanzan una organicidad, un néxo funcional social, y sólo en virtud de una voluntad precisa.

Comte, Spencer y Marx, como ya Croce subrayó, sólo han indicado determinados hechos que habrá que tener en cuenta. Estos han ampliado el canon interpretativo del que habremos de servirnos a la hora de valorar y conocer las relaciones sociales, pero no han enseñado ningún sistema que aclare la efectiva integración de la sociedad. Por muy importante y útiles que sean las perspectivas y los hechos descritos por Comte, Spencer y Marx, éstos no han logrado demostrar que la normatividad social pueda explicarse partiendo de la base de dichos hechos. En la vida social de los hombres hay siempre una pluralidad de factores —morales y materiales, racionales e irracionales, geográficos y raciales— que operan unos junto a otros y cuya integración no puede ser teóricamente inferida, sino sólo obtenida, en la práctica, por medio de la fuerza. Estos factores no sólo difieren en su aspecto externo entre sí: tienen distintas dimensiones, existen unos junto a otros y no dan lugar a un cosmos ordenado de acuerdo con la naturaleza.

En todos los pueblos civilizados, dice Mosca, la dirección política en sentido amplio, es decir, la dirección de la administración, de la organización militar, religiosa, económica y moral, se halla en manos de una clase particular, esto es, de una minoría organizada (3).

Queda explícitamente subrayado que Mosca habla aquí de dirección política en el sentido más amplio. Dirección política no sólo significa dirección en un subsistema, como en la teoría del estructuralismo-funcionalismo, sino simplemente dirección social *tout court*. La «clase política» comprende a todos aquellos que son idóneos para ocupar posiciones de dirección. Pero no por ello se trata de una unidad cerrada, sino que está formada por otros estratos que Mosca equipara con los generales y con el segundo nivel de oficiales que en la batalla dirigen personalmente a las tropas de cada arma. Los políticos en sentido estricto, abogados, empresarios, oficiales, y también los intelectuales, forman parte de la clase dominante que gobierna la administración, la organización militar, la religión, la economía y la moral.

En su *Teorica dei governi*, Mosca partía todavía del presupuesto de que el problema de la legitimación sólo era, en el fondo, un problema ideológico (4). Y también en los *Elementi* prevalece la opinión de que la verdadera esencia de la integración social es siempre el poder que una minoría conquista para sí (5). Mosca subraya, sin embargo, que en todos los Estados que

(3) GAETANO MOSCA: *La classe politica*, Op. cit.

(4) GAETANO MOSCA: *Teorica dei governi e governo parlamentare*, Milán, 1958.

(5) GAETANO MOSCA: *Ciò che la storia potrebbe insegnare*, Milán, 1958.

han alcanzado un determinado grado de civilización, el poder de la minoría deberá ser legitimado mediante una *fórmula política*. El poder ya no puede ser justificado simplemente con su efectiva posesión, sino que debe legitimarse por el hecho de que se basa en determinadas doctrinas o dogmas reconocidos. La clase política deberá adecuarse a las situaciones existentes; y estas situaciones no deberán ser sólo entendidas como situaciones naturales: en aquéllas, por lo menos en este momento, cuentan también los factores morales. El gobernante no deberá atenerse a utopías morales y creer, por ejemplo, que podrá gobernar con ayuda del principio de justicia; sin embargo, él deberá absolutamente comprender que existe una necesidad general de hallar una moral de obediencia. Por consiguiente, deberá actuar de tal suerte que su poder parezca compatible con los principios de justicia. Hay en cada pueblo determinados dogmas, sentimientos y costumbres que la clase política habrá de tener en cuenta en la *fórmula política*, y que ponen límites a su comportamiento.

Los gobernados deberán adherirse a la *fórmula política*, y esto sólo lo hacen si esta fórmula está en conformidad con sus propios dogmas y costumbres. Se pone aquí de relieve una coincidencia con Comte, quien también había subrayado la importancia del consentimiento moral para la integración de la sociedad.

La diferencia entre Mosca y Comte no es menos evidente que la existente entre Mosca y Marx. Para Mosca, el consentimiento moral, la *fórmula política*, forman parte de la integración, pero no constituyen su realidad. La realidad de las sociedades no es realidad moral, sino natural, a la que se añade, ahora, un aspecto moral. A él no le interesa el hecho de que los hombres quieran llegar a un determinado entendimiento racional o humanitario, sino la exigencia que surge en la época moderna, de tener un significado concomitante para la actuación. A partir de un cierto estadio de civilización, el poder deberá expresarse a través de una *fórmula política* que no altera el carácter del poder, sino que ulteriormente amplía la tarea que hay frente a los gobernantes. No hay ningún salto de la necesidad hacia la libertad, un paso hacia una nueva sociedad orgánica o racional. También una clase política que no tiene otro recurso que el de la protección por parte de una *fórmula política* no está por ello incluida todavía en las necesidades funcionales de un amplio sistema social.

Y la verdadera y propia interpretación científica de la sociedad como relación de lucha en la que el más fuerte y el que mejor sabe organizarse domina al más débil o a la parte no organizada.

Los escritos de Mosca están directamente influidos por su experiencia como

político, que duró toda una vida. Vilfredo Pareto, por el contrario, fue originariamente un ingeniero, y sus escritos expresan los ideales de un teórico.

El quiere describir el equilibrio social, esto es, quiere definir las constantes fundamentales a partir de sus relaciones.

Livingston, el editor americano de Mosca y Pareto (6), observa en relación con ambos, que el objetivo de Pareto fue una amplia síntesis de toda la sociedad, la creación de un objetivo de proporciones gigantescas, en cuyo ámbito el problema que había ocupado a Mosca sólo era una cuestión de detalle. La problemática de Mosca, comparada con la de Pareto, es, sin duda alguna, más estrecha, lo que ha dado lugar a que Mosca fuese colocado en un segundo plano. De todos modos, hoy nos damos cuenta de que esta estrechez puede también ser una ventaja, por cuanto le hace menos contestatario que su más célebre colega (7).

Pareto hace notar que una teoría puede ser vista bajo tres aspectos distintos: a) Su correspondencia con la verdad experimental. b) Su acuerdo con los sentimientos de determinadas personas. c) Su utilidad social. Por lo que Pareto se refiere, siempre ha recurrido al primero de los puntos. «Sólo trato de describir hechos y extraer consecuencias lógicas.» Y además: «la ciencia tiene por casi único y exclusivo objeto hallar relaciones entre los hechos». Pareto no se cansa de repetir que su método es un «método lógico experimental», para distinguirlo de las tentativas dogmáticas de sus predecesores (8).

Pareto fue muchas veces puesto en guardia por Croce contra el dogmatismo, que consistía en confundir una determinada perspectiva interpretativa con la realidad, y en ignorar que todo el fenómeno viene perfilado y determinado a partir de una determinada problemática. No obstante, en cierto modo, no tiene en cuenta las advertencias de Croce, quien, por otra parte, ya las había manifestado en su obra económica.

La diferencia entre las concepciones teóricas y el objeto a que se refieren, sobre las que Croce había estado constantemente insistiendo y que, en Alemania, quedaría subrayada por Max Weber, nunca ha estado clara en Pareto. El creía que la naturaleza de su «método lógico experimental» consistía en la penetración de la verdadera esencia de la realidad, y consideraba que su método era precisamente por ello superior a los demás. A su juicio, este método estaba en condiciones de entender los hechos en cuanto tales, sin dejarse en-

(6) El *Trattato di sociologia generale*, de PARETO, fue traducido por *The Mind and Society* (1935); los *Elementi di scienza politica*, de MOSCA, se convirtieron en *The Ruling Class* (1939).

(7) Cfr. S. H. MEISEL, en *Cahiers Vilfredo Pareto*, 1964, fasc. 4, y H. S. HUGHES: *Consciousness and Society*, Londres, 1958.

(8) Cfr. V. PARETO: *Trattato di sociologia generale*, Florencia, 1916-1923.

gañar por los ideales de los filósofos y de los juristas. Pero, a la luz de las críticas que se le hicieron, Pareto está tan alejado del método experimental, en sentido estricto, como sus adversarios.

Pareto empezó como ingeniero y el ideal del conocimiento científico es para él la interpretación mediante un modelo general de equilibrio mecánico. El verdadero y propio fin de sus trabajos consistió en la tentativa de construir un sistema general de equilibrio para la economía y la sociedad. Pero por lo que al Pareto estrictamente sociológico se refiere, él nos da, como escribió Croce, una «teratología científica», una clasificación científica de las monstruosidades. La Ferla ha equiparado, en este sentido, a Pareto con Voltaire, quien había visto en la historia el espectáculo melancólico de ilusiones y engaños sin límite. En efecto, Voltaire había presupuesto que los hombres deberían someterse siempre a un amo, del cual sólo podrían esperar que fuese ilustrado e interesado en el progreso civilizador. Pareto introduce, allí donde Voltaire había hablado de *fripons* y de la *canaille*, la idea de que la masa de los hombres siempre está dominada por una élite y, de este modo, dirigida a un vínculo social. A diferencia de Marx, Pareto no relaciona la élite con una determinada estructura social, con determinados valores e instituciones, aunque para él forma parte de la élite cualquier persona hábil en su propio campo. Forman parte de ella quien ha ganado millones —ya sea legítimamente o no—; las personas influyentes; el estafador hábil; el poeta y el artista en general que se adapta al gusto de su época. En sustancia, forman parte de una élite todos aquellos que dominan en vez de ser dominados. Quien no esté relacionado con una determinada estructura social, fatalmente podrá evitar ser rechazado (9).

De modo parecido, también es abstracto el modelo que regula la circulación de las élites, sugerido por Pareto en su forma más simple (10). Las dos élites A y B y los sujetos C son las tres magnitudes de la relación recíproca. La élite A está en el poder, la élite B quiere llegar al poder y C es la masa de población que una y otra parte tratan de someter para sus propios fines. Pero las dos élites no están caracterizadas sociológicamente, aunque sí desde el punto de vista psicológico. Al igual que Maquiavelo, Pareto distingue entre zorros (especuladores y escépticos) y leones (poseedores de rentas y créditos).

Dicha diferenciación no está ligada a unas determinadas condiciones sociales, por lo que Pareto se burla de quienes creen, por ejemplo, que cambiará el carácter de la integración social, del poder de una élite sobre la

(9) G. LA FERLA: *Vilfredo Pareto filósofo volteriano*, Florencia, 1954.

(10) G. DE MEO: «Circolazione delle aristocrazie e ricambio sociale», en *Vilfredo Pareto, l'economista e il sociologo*, Milán, 1949.

masa, en función de los cambios sociales. El único signo de estructura que constantemente se repite en la integración social es la distinción entre dominantes y dominados, diferencia que Pareto, recogiendo una analogía ya usada por Disraeli, compara con la existente entre dos naciones extranjeras; la relación de poder debe por ello definirse como una relación de fuerza.

En su *Trattato di Sociologia Generale*, Pareto escribe: «El uso de la fuerza es indispensable en la sociedad, y cuando las clases superiores son ajenas a este uso, lo que generalmente ocurre porque el mayor número de estas clases sólo confían en la astucia y el menor número, por estupidez o cobardía, rehuyen los actos enérgicos, es preciso que, si la sociedad ha de subsistir y prosperar, otra clase que quiera y sepa hacer uso de la fuerza venga a sustituir a la clase gobernante (11).

Por consiguiente, también con respecto a esta teoría sobre la circulación de las *élites*, sirve la observación según la cual su contenido de conocimiento científico es escaso. En efecto, Pareto no consigue hallar su validez empírica. Ejemplos históricos, como la República de Venecia por él citada, revelan que la relación de poder no puede ser simplemente definida como relación de fuerza. Es precisa, también, la sabiduría y la fórmula política como factores de estabilización a largo plazo.

Pero, como Pareto busca un punto de partida científico para definir cada uno de los elementos del contexto social, busca además un punto de partida científico para explicar el contexto social y sus leyes.

En su *Manual*, Pareto había afirmado que la crisis es sólo un caso particular del proceso rítmico que domina todos los fenómenos sociales. Ya está claro que estas oscilaciones tienen un significado general. La dinámica social, que empieza con la circulación de las *élites*, con los residuos, con las derivaciones, con los intereses y con los hechos, se apoya en esta ley general. Serie de oscilaciones que sobrevienen recíprocamente, vibran juntas las unas con las otras y se hacen después autónomas: este es el modelo en función del cual se deberá configurar el progreso social.

¿Qué significado sociológico tiene entonces esta filosofía de la historia? Pareto ha intentado racionalizar el problema político del poder. En una época en que los viejos valores e instituciones se hacen dudosos y la integración de la sociedad viene por esto a ser problemática, él no quiere extirpar —como sucede en la teoría sociológica de Locke o Montesquieu— los límites del poder estatal, sino ilustrar racionalmente acerca de la práctica del poder. En el fondo se trata de un llamamiento político para que se actúe sin prejuicios y para que no se confíe en los valores generales. La ruina de la sociedad bur-

(11) V. PATERO: *Trattato di sociologia generale*, Op. cit., 1858.

guesa europea en los años veinte y treinta ha dado, aparentemente, razón a esta desconfianza suya. Sin embargo, no queda ignorado que entre esta justificación externa y la explicación de esta catástrofe por medio de su historia, existe una gran diferencia.

Quien en determinado sentido reanudó los motivos de fondo de Mosca fue Robert Michels. Motivos de fondo según los cuales la integración es sinónima de poder de una minoría sobre la mayoría.

Michels representa una importante integración, porque trata de ampliar la tesis de Mosca. En efecto, él trata de conciliar la teoría de la clase política con la realidad de los partidos políticos y su tema de fondo está representado precisamente por la contradicción existente entre el orden de los valores democráticos, que predomina en las modernas sociedades, y la necesidad de construir en estas sociedades una organización política. En el prefacio a la primera edición de su libro *Zur Soziologie des Parteiwessens in der modernen Demokratie*, Michels escribe: «En realidad, parece que la democracia en cuanto movimiento y como pensamiento se halla hoy bajo el signo de una crisis de la que no puede salir indemne» (12).

Dice Jonas: «En la época en que escribió Michels, los grandes partidos socialistas eran para muchos la esperanza de una ulterior democratización de las sociedades europeas. Michels se ocupa de estas esperanzas y llega a la conclusión de que son ilusorias. En el mismo momento en que ya Mosca y Pareto habían liquidado como pura ideología la esperanza en la emancipación, alimentada, aunque no con carácter definitivo, incluso por los socialistas, Michels observa que incluso en los grandes partidos socialistas abocados al ideal democrático, se hace patente la férrea ley de la oligarquía. Esta ley vendrá a destruir toda esperanza liberal-democrática. Está, además, tan sólidamente arraigada que la democracia sólo será un ideal, y lo más que se puede esperar es una atenuación de la "enfermedad oligárquica" (13).

»En Michels, al igual que entre sus predecesores y entre sus sucesores, la necesidad de organización asume una importancia central. La organización de un movimiento de masas presupone un aparato administrativo que no puede ser controlado por la propia masa. El aumento del número de miembros y el crecimiento de las obligaciones a que se debe hacer frente hacen que nazca la necesidad de formas de organización burocrática, con independencia de cualquier ideal democrático. Helvetius había observado que la opresión se basa en el hecho de que los oprimidos no están en condiciones de organizarse

(12) R. MICHELS: *Zur Soziologie des Parteiwessens in der modernen Demokratie*, Lipsia, 1911, pág. 412.

(13) F. JONAS: *Storia della sociologia*, Bari, 1970, pág. 496.



a sí mismos, y Michels, así como Mosca y Pareto, parte de esta observación. Las masas no son capaces de gobernarse a sí mismas, sino que siempre han de ser gobernadas. La organización de las masas, por un lado, y la rapidez en actuar por otro, presuponen la creación de un aparato que domine a la masa en cuanto aparato de poder» (14).

La minoría organizada y la mayoría desorganizada son, por lo tanto, dos polos opuestos. Para Mosca, Pareto y Michels no es posible que las masas puedan organizarse por sí solas y que de sus filas puedan salir *líderes* y un aparato directivo. Por este motivo, la masa necesita dirección, está desprovista de intereses y es incompetente. Por consiguiente, no se halla en condiciones de cuidar de sus intereses o, por lo menos, de ver con claridad cuáles son éstos, por lo que debe depender de alguien que lo haga por ella. La masa se caracteriza por desorganización y desorientación, y está claro que deberá de ser orientada y organizada desde arriba.

De todos modos, no sólo entra aquí en juego el aparato burocrático, sino también el jefe que reúne en sí el talento oratorio y la inteligencia y al que la masa puede transferir su propia necesidad de poder. En efecto, el jefe se convierte en objeto de gratitud y veneración.

‘ Todavía dice Michels: «Con frecuencia, la necesidad de adoración es el único *rocher de bronze* que sobrevive a todos los cambios de la *Weltanschauung* de las masas. Los trabajadores de las fábricas sajonas, de devotos protestantes se han convertido, en los últimos decenios, en socialdemócratas... Entre las ruinas de las viejas concepciones de las masas, ha permanecido en pie, intacta, la columna triunfal de la necesidad de adoración» (15).

Otro autor italiano, Ferrero, en su libro *Pouvoir*, admite que el poder está siempre al alcance de una minoría organizada, pero esta minoría, a su juicio, no se encuentra frente a una simple masa, sino a un universo de valores, a los que se debe de adherir. El poder tiene que ser legítimo. No es el uso de la fuerza, sino los valores generales los que han de generar la integración de la sociedad (16).

Según palabras del propio Ferrero, «la generalización del conocimiento y del sentido de los deberes recíprocos» deberá sustituir a la antigua y mística veneración del poder. El ejercicio del poder no se justifica en la simple fuerza, y tampoco con los hechos de la psicología y de la organización, sino con los valores sociales, partiendo de los cuales vienen regulados el reconocimiento y el ejercicio del poder. La fuerza, afirma Ferrero, nunca está segura de obligar

(14) R. MICHELS, Op. cit., pág. 216.

(15) R. MICHELS, Op. cit., pág. 374.

(16) Cfr. G. FERRERO: *Pouvoir*, Nueva York, 1942.

a la obediencia. Incluso puede provocar revueltas y sublevaciones, y es por ello por lo que infunde miedo y, al mismo tiempo, tiene constantemente miedo.

Por consiguiente, Mosca y Pareto habían definido la sociedad como relación de lucha. Para ellos, el factor decisivo era la fuerza, en virtud de la cual una minoría organizada conquista el poder. Ferrero percibe, a su vez, el aspecto interno de esta relación de lucha, es decir, del miedo. La sensación de incertidumbre y la dificultad de medir y definir las relaciones sociales entre los hombres suscitan un miedo constante de todos con respecto a todos. Los débiles temen a los fuertes y los fuertes, por su parte, temen a aquellos a quienes sometieron. Los hombres tratan siempre de huir de este miedo, pero cuanto más se arman con objeto de sentirse seguros, tanto mayor es el miedo que unos sienten hacia otros.

Ferrero hace notar que el hombre vive en el centro de un sistema de terror: «Cada cual se cree más fuerte que algunos de sus semejantes y más débil que otros» (17). Ningún gobernante que deje de basar el poder en valores generalmente admitidos, está seguro. El poder que viene desde arriba precisa ser reconocido desde abajo, por lo tanto, por la legitimidad (18).

FRANCESCO LEONI

---

(17) G. FERRERO, *Op. cit.*, pág. 116.

(18) F. JONAS, *Op. cit.*, pág. 502.